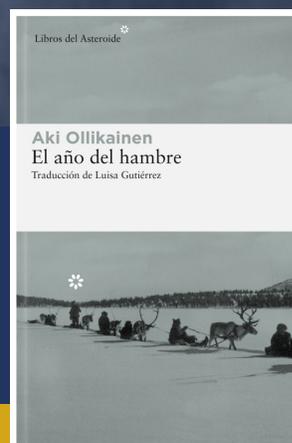


Visita
al territorio de

Aki Ollikainen



Prólogo

Los escálamos chillan como un pájaro.

En el fondo de la barca yacen dos lucios flacos, que más que peces parecen serpientes. Ya no colean, con este frío se han quedado tiesos. Por las mandíbulas entreabiertas todavía les chorrea sangre, lentamente, que se mezcla con el agua y forma finas florituras a los pies de Matalena.

Matalena mete la mano en las aguas gélidas del lago y la deja flotar junto a la barca, ociosa, hasta que comienzan a dolerle las articulaciones. El viento entresaca ondas en la superficie del agua, el cielo se refleja moteado, fragmentado, como si lo hubieran quebrado a golpes.

Juhani estira el cuello como una grulla; mira al cielo. Matalena observa el pescuezo nervudo de su padre, luego el fino caballete de la nariz, y finalmente levanta la vista al cielo, una inmensa cuchara de plata que desciende sobre el lago.

—Ya vuelan hacia el sur —suspira Juhani.

—¿Quiénes?

—Los cisnes.

—Yo no veo ningún pájaro.

—Es que ya se han ido.

La mirada de Juhani se posa en Matalena. —Pero al menos hemos conseguido pescado.

Juhani arrastra la barca entre los arbustos. Marja ha salido a recibirlos; deja a Juho en el suelo y Matalena toma a su hermano pequeño de la mano. Marja se asoma a la barca.

—Qué flacos están.

Los árboles de la otra orilla se reflejan negros en la superficie del agua. De algún lugar llega el aullido de un colimbo ártico. Pronto, también él emprenderá el vuelo hacia el sur.

Caminan a través del bosque por un sendero estrecho. Cuando Marja se agacha para buscar arándanos rojos, se oye un siseo rápido, airado, como si un tizón candente cayera en el agua. Marja chilla, salta hacia atrás; sus pies no encuentran tierra al descender y se desploma de costado entre las ramitas. Primero distingue los arándanos, lívidos por el azote de las noches de frío intenso, como puntos difusos. Luego escudriña en la dirección del siseo y poco a poco el ovillo negro comienza a adquirir la forma de una culebra. Sus ojos contienen el color de una baya escarchada, los dos colmillos son como carámbanos. Pero la víbora no ataca, solo sisea.

Juhani avanza a grandes pasos con una gran piedra levantada en alto, sobre la cabeza. Entonces ataca. La serpiente queda aplastada bajo la roca.

De un soplo, Marja libera el aire que el miedo había encerrado en su estómago. Juhani le tiende la mano y la ayuda a incorporarse.

—Pobre bicho, ya estaba aterido. No tenía escapatoria.

Marja observa el pedrusco, le parece ver la culebra a través de él.

—¿Está viva todavía?

—No —responde Juhani, y se agacha para levantar la piedra.

—¡Por amor de Dios, no! Déjalo. No quiero verla.

—Está bien, que se quede ahí.

Se oye un suave chisporroteo cuando el extremo ardiente de la tea toca el agua del balde. La tenue luz aún tiene fuerzas para dibujar la sombra de Juhani sobre los troncos de la pared cuando este se incorpora del catre, le levanta el vestido a Marja, posa la mano sobre su rodilla y le separa las piernas. Marja agarra su miembro en erección. También a ella le apetecería, pero el miedo es mayor incluso que el deseo ardiente. ¿Y si se queda embarazada? Más bocas que alimentar en esta miseria. Y así empuja a Juhani de regreso al colchón. Él suspira, tratando de ocultar su decepción.

Marja mueve la mano despacio, de arriba abajo, mientras aprieta el miembro de Juhani. Él deja escapar un débil gemido. Ella se lleva la otra mano entre las piernas. Juhani termina primero. Marja se muerde el cuello

del camión, las olas recorren su cuerpo. Cuando han pasado, la sensación es otra vez de vacío. Acaricia el miembro flácido de Juhani y piensa en los lucios flacos.

Octubre 1867

Hay que sacrificar al peón. Si no, la reina blanca arrinconará al rey y el alfil no llegará a tiempo al rescate. Todavía está a unos movimientos.

Lars Renqvist no tiene más remedio que admitir que la situación sobre el tablero parece desesperada. Teo, nervioso, tamborilea con los dedos en el borde de la mesa.

—¿No te rindes aún? —le dice a su hermano—. Dejemos la partida por ahora y retomémosla en otra ocasión.

—Está bien. La acabamos en la próxima visita —responde Lars.

Teo observa divertido el rostro de su hermano mientras este sigue escudriñando las piezas sobre el tablero. Nota que Lars ha aprendido a fruncir el ceño como su adorado superior en el Senado.

—En mi opinión, ese senador tuyo está equivocado —dice.

—Tú no entiendes la esencia de este pueblo —suspira Lars, al tiempo que se levanta para servir ponche en vasos pequeños. Le ofrece uno a su hermano y continúa—: a la gente hay que darle trabajo. Si se le llena el granero a cambio de nada, este no tendrá fondo. Nuestro deber supremo es procurarles trabajo a aquellos que no lo tienen.

—El trabajo resulta de bien poca utilidad y no da sus frutos si no hay comida que comprar con el salario.

Lars se irrita. El senador ha obtenido un préstamo sin garantías de la casa bancaria Rothschild. Y se lo han concedido únicamente gracias a la buena reputación del Estado. Es una confianza que no ha de deteriorarse perdiendo los nervios ante el primer contratiempo.

—No me cabe en la cabeza que no lo entiendas —dice Lars, enojado.

En ese instante se abren las puertas del salón y Raakel entra con la bandeja del té, que coloca en la mesita. Justo a tiempo. Lars toma aliento y

se apacigua ante la mirada tierna de su esposa.

Teo piensa que Raakel es más sensata que su hermano. Si alguien hubiera tenido la ocurrencia de pedírselo, seguro que para entonces ella ya hubiera resuelto el problema de los mendigos. Le hubiera pedido a todo el mundo que regresara a sus hogares: habrá comida en cuanto encontremos un puchero lo suficientemente grande. Solo hay que tener paciencia y esperar.

—La idea era gestionar la compra del cereal de emergencia a través de comerciantes. Esa era la propuesta del senador y llevaba toda la razón. No es culpa suya que los comerciantes no hayan sido lo suficientemente diligentes —aclara Lars, como un padre paciente que explica lo mismo a su hijo por séptima vez.

—No dio tiempo a adquirir nada de cereal. Y puedes pedirle a un comerciante que alimente a los pobres tanto como le pedirías a un pastor que le entregue la camisa al prójimo —replica Teo.

La mención de los curas hace que Lars guarde silencio un instante, y Teo supone que su hermano aún siente cierta culpabilidad porque ninguno de los dos cumpliera el gran deseo de su padre y se dedicara a la teología.

—Por lo que a mí respecta, conozco a uno que estaría bien dispuesto a renunciar a su camisa por las putas del barrio de Punavuori —interviene Raakel.

—Soy el médico de los pobres, igual que el gran Paracelso —responde Teo extendiendo los brazos.

—Entonces las putas de Helsinki no tienen de qué preocuparse, con nuestro Paracelso velando por ellas.

Lars suelta una carcajada. Raakel, exultante por su victoria, cierra la puerta de un portazo al salir. También Teo se divierte al imaginar que en los labios de Raakel se está dibujando una sonrisa triunfal al haber sido ella quien ha pronunciado la última palabra. Qué buena madre sería si no fuera estéril. Aunque el problema bien podría tenerlo Lars, piensa Teo; quizá su familia esté condenada a extinguirse con ellos.

Tal vez sea ese el quid de la cuestión. La hambruna elimina a los más débiles de la nación, igual que un jardinero poda las ramas podridas de un manzano.

Una vez que Teo se ha ido, Lars se concentra de nuevo en la situación sobre el tablero. Con el peón podría ganar tiempo para unos cuantos movimientos más, pero hasta para acabar en tablas sería necesario que su hermano cometiera un error garrafal. La partida está perdida y Lars supone que Teo la ha dejado a medias a propósito, tal vez con la intención de que él tuviese tiempo de estudiar la situación y comprender lo desesperado de su posición.

A su mente acude la expresión de agónica crueldad del senador cuando dijo, irascible:

—¿El asistente de cuentas tiene algo que añadir? He dictado mi mensaje, ¡vaya a entregarlo!

De eso hace ya un mes. Lars se había quedado de pie en el umbral del despacho del senador; apretaba en la mano el telegrama enviado por el gobernador Alftan, cuidándose, sin embargo, de no arrugarlo, pues el senador se reservaba para sí el derecho de estrujar los telegramas y arrojarlos al suelo en un arranque de cólera. En el norte se había acabado el cereal y Alftan requería auxilio urgente. Lars solo era el insignificante mensajero, pero el senador dirigía contra él su enojo. Tal vez la situación allí era verdaderamente desesperada, se había atrevido a sugerir Lars, a lo que el senador había respondido que seguramente, por lo menos en lo que respectaba a la gestión financiera. Lars había salido del despacho entre juramentos, y en un principio se había odiado a sí mismo, su actitud vacilante, y luego había odiado a todos los Alftanes del mundo, burócratas que, llegado un contratiempo, mostraban debilidad y se doblegaban ante el primer viento fuerte y dejaban solo a un hombre de la talla del senador, solo frente a la tormenta. Por último, había maldecido a los estúpidos campesinos del interior, a los holgazanes, gordos propietarios de haciendas que ponían a sus jornaleros en la calle para que a ellos les quedara más, cuando hubiesen debido alimentar a sus pobres, ya fueran asalariados o mendigos.

—Se acabó por este otoño —anuncia Raakel.

Lars se espabila y mira interrogante a su esposa. Ella está de pie junto a la rosa china y acaricia con delicadeza sus hojas verdes.

—Hace más de una semana que no echa ni una flor.

—Vaya, antes daba flores hasta después de Todos los Santos, ¿no?

Lars se esfuerza a levantarse de la silla y se acerca a su mujer. Cada vez que la rosa china comienza a hibernar, a Raakel la abate la misma melancolía, y otra vez no tiene nada a lo que consagrarle su calor y afecto. ¿Y si ya no florece más? El mismo temor todo el invierno, la misma frase cada vez, cada año, cuando Lars regresa del trabajo y encuentra a su esposa acariciando las hojas de la rosa china.

—Bueno, entonces florecerá en primavera de nuevo.

—Quizá, quizá. Pero es que estos días todo lo hermoso parece marchitarse.

Un hombre con turbante cabalga por el desierto con una doncella de rostro velado en el regazo; de fondo, los rayos del sol poniente bañan de oro un palacio.

Cecilia está desnuda, se pone en cuclillas sobre la jofaina y se enjuaga entre las piernas. Los hilillos de agua resbalan por el oscuro vello púbico. Los pequeños rizos se estiran, de su extremo caen gotas en la palangana. Cecilia endereza la espalda, posa las manos sobre las rodillas y abre las piernas un poco más. La vulva aún está abierta de resultados del coito.

—Pareces bobo con la barbilla colgando —advierte.

Teo le alargaba un paño de lino con el que ella se seca entre las piernas.

—¿Cómo te llamas? Quiero decir, ¿cómo te llamas de verdad?

—¿Es que Cecilia no te vale? Me llamo Elin. Pero *Madame* quiso llamarme Cecilia. En realidad, era Cecile.

—¿Y de verdad eres sueca, de Dalecardia?

—Sí.

Dentro de una hora, la mujer podría ser Ulrika, de Polonia, si así se lo piden. Empuja la palangana bajo la mesa, con la grupa levantada hacia Teo, más alta de lo necesario. Con su exhibición, logra lo que se propone. Teo trata de darle la espalda, pero los pies parecen estar clavados al suelo; los ojos, en las nalgas desnudas; en su piel blanca aún se distinguen las marcas rojo pálido del colchón. Sabe que tengo que irme, piensa Teo. Algo le oprime el pecho. Cecilia toma la bacina de porcelana junto a la jofaina y se agacha sobre ella. La visión de una mujer meando le parece excitante, pero

Teo decide que no permitirá que ella gane la partida. En todo caso, no desea mostrar su derrota.

—Tú lo que eres es una campesina, y de eso no te libras.

—Pues esto tampoco es precisamente San Petersburgo. Tu ciudad natal es un pueblucho encima de un miserable islote.

—No lo he dicho con mala intención. Me refería a que eres lo que eres.

—¿Qué soy? ¿Una campesina? ¿Por qué querría serlo? Tal vez seas tú quien lo quiera, no yo.

Teo la ayuda a ponerse el corsé y observa cómo el busto de la mujer asciende cual pan caliente al tensar las cintas.

Cecilia se sienta delante del tocador y se recoge el pelo en un moño. Una rama desnuda raspa la ventana movida por el viento. Al otro lado, nubes grises se espesan despacio en el cielo. Las primeras gotas aciertan en el cristal y resbalan.

—La verdad es que no apruebas lo que hago. Por eso quieres convencerte de que únicamente soy una inocente campesina. ¿Por qué crees que estoy aquí? Si me amas, amas a una puta. ¿Estás preparado para eso?

Teo no responde. Observa concentrado si los riachuelos surgidos de dos gotas de lluvia se alcanzan uno al otro antes de morir en el marco de la ventana.

Cecilia le da un suave beso en la mejilla.

—Pagas para poder acostarte conmigo, aunque podrías venir a por mí, llevarme a tu casa y tomarme gratis.

—No puedo caminar por ahí públicamente del brazo de mujeres semimundanas.

—Pero si yo solo soy una inocente campesina de Dalecardia —responde Cecilia adoptando de pronto un tono de burla gélida.

—Venga ya. Bien sabes lo que dirían. No podría volver a ejercer de médico en esta ciudad.

—¿Acaso crees que ellos no lo saben ya? Sean quienes sean esos ellos.

—Yo no pago por esto —alega Teo.

Cecilia ya está completamente vestida. Se sienta en la única butaca de la habitación y con un gesto acostumbrado cruza una pierna sobre otra. Esa posición es adecuada para que los hombres de clase se dirijan al servicio,

pero en una mujer no resulta apropiada, opina Teo, y aun así, en Cecilia se ve natural. Teo se guarda las manos en los bolsillos para que no le queden colgando delante de una ramera orgullosa como si fuera un insignificante cochero. Se balancea cambiando el peso de los dedos de los pies a los talones y al revés, igual que hacen a veces Matsson y otros hombres del puerto.

—Cierto, le haces un favor a la señora. Proteges su reputación, ella puede presentarle al médico de la revisión unas chicas sin infecciones. Y como favor a cambio, me acuesto contigo. Eso, querido Teo, es una transacción comercial.

—Lo hago por ti. Y porque me preocupas, tú y las otras.

—Te creo. Todo esto lo haces por mí. Aunque mi mundo lo visitas un instante muy breve. Y yo el tuyo, nunca.

Es demasiado aguda para ser una campesina, piensa Teo, y todo menos inocente. Jamás puede estar seguro de cuándo habla Elin, cuándo Cecilia, y si acaso existe alguna diferencia.

—¿Quién eres? ¿Elin o Cecilia?

—Aquí siempre soy Cecilia.

—Entonces, ¿habría que ir a buscar a Elin a Dalecardia?

—Elin está muerta.

—¿Y no se la puede resucitar?

—Solo tú tendrías el poder para hacerlo, pero no eres capaz. No eres ningún Jesús. Te falta coraje.

Alrededor de Teo, la habitación se encoge y se torna angosta. La sonrisa de la princesa beduina está vacía, es una sonrisa forzada por exigencias del papel. Por eso tampoco el jinete se ríe. Su seriedad no es consecuencia de una majestuosa calma. El autor de la imagen se ha dibujado a sí mismo tras comprender que la escena se ha fijado para la eternidad y que el palacio a orillas del desierto es tan solo un espejismo.

—Al cartero le machacaron el cráneo de un solo golpe. Le rajaron la piel de la espalda para poder desollarlo. La sangre corría como un reguero cuesta abajo, por la colina de los gitanos. Fue Janne Halli, un tipo de carácter impetuoso, moreno y de buen ver. Casi tan duro como los mejores matones de Ostrobotnia. Aunque no tanto, esa clase de hombres no se da en

ninguna otra región. De allí procedo también yo —concluye el canijo su historia sobre el robo con asesinato en Kuorevesi.

A Teo le resulta difícil estimar la edad del desconocido. La voz y las palabras son las de un joven inmaduro, pero el rostro surcado de arrugas, propio de un viejo granjero. Teo recuerda haber leído sobre el asesinato del cartero en el *Dagbladet*, suceso que había agitado al gran ducado entero. Al fin y al cabo, la víctima había sido un funcionario del Estado.

—*Por los hielos de Kuorevesi trota el zaíno de Janne Halli...* — comienza a canturrear el ostrobotnio.

La cancioncilla se interrumpe cuando un enorme polaco se desploma sobre el banco junto a él, lo envuelve con el brazo y comienza a cantar algo en su idioma. El viejo trata de apartar a empujones al extranjero, que en su embriaguez ni siquiera repara en el forcejeo del más pequeño.

—*Doktor, doktor, doktor* —balbucea el polaco, y dirige a Teo una mirada vacía.

Teo sabe que ofreciéndole bebida se deshará de él más fácilmente. Llama con gestos a la posadera y pide que traiga aguardiente. Al escucharlo, el hombrecillo que se ha presentado como ostrobotnio estira el pescuezo y gira la cabeza, alarmado, buscando con la mirada a la tabernera.

—Para ti nada —espeta ella.

Teo pide, sin embargo, que le sirva también, y el tipo alarga su taza embelesado.

Después de conseguir alcohol, el polaco repara en una mujer sentada en la mesa de la esquina, se incorpora y se tambalea hacia ella. La mujer le echa de inmediato los brazos al cuello y ríe a carcajadas mientras él le manosea los pechos. Su acompañante hace caso omiso, se limita a sonreír y se reclina contra la pared. Por el borde de la bota le asoma un cuchillo en el que Teo se detiene un instante de más.

El hombre lanza una mirada al médico, se frota la barbilla, tira a la mujer de la manga y cabecea en dirección al desconocido. Comienza entonces ella a mirar a Teo con ardor y se pasa despacio la lengua por los incisivos. El gesto pretende ser seductor. La mujer se libra del polaco.

La tabernera simula no notar el apuro de Teo, quien tampoco encuentra amparo en el viejo, que ahora cuchichea sobre Janne Halli a la gota de licor

en el fondo de la taza.

Cuando la mujer se incorpora, el polaco se derrumba sobre la mesa.

En ese momento, Matsson hace su entrada en la taberna y, de un par de zancadas, cruza la pequeña sala. La mujer lo mira decepcionada, luego mira a su acompañante, pero este se limita a dar manotazos en el aire con aspecto resignado. Entre coqueteos, la mujer se dispone a despertar al polaco.

—Bueno —gruñe Matsson, y sonrío como un lobo.

Empuja al extremo del banco al ostrobotnio, que le devuelve el empujón, pero entonces reconoce a Matsson y agacha la cabeza entre sus estrechos hombros como un perro sorprendido en una fechoría delante de su amo. Matsson pertenece a ese grupo de personas cuya naturaleza afable no se nota por fuera.

—En realidad no tengo ningún asunto que tratar —reconoce Teo, casi avergonzado.

Tras dejar la Alhambra y a Cecilia, Teo había estado un rato en la plaza del mercado. El viento del mar soplaba allí fuerte y él contemplaba las grandes olas de cresta espumosa rompiendo en las rocas de Katajanokka. Le daba la impresión de que las casuchas miserables del barrio no resistirían la tormenta si él no aguardaba de pie a su lado, si no extendía los brazos con gesto protector y aplacaba al mar despiadado. No le apetecía regresar a casa, dar vueltas por cuartos vacíos añorando a Cecilia, que parecía igual de inalcanzable en cada visita.

Las nubes se movían bajas, lo oprimían todo con su fuerza irrevocable, parecía como si la península sobre la que descansaba la ciudad fuera a rendirse pronto y las masas de agua fueran a barrer Kalliolinna entre murmullos, y también el observatorio astronómico. Acompañadas de un solemne bramido, ahogarían la iglesia de Nikolai con sus cúpulas y el senado. La nueva catedral ortodoxa se desplomaría entre las olas con gran estrépito. E, inadvertidamente, el mar arrastraría a su paso los burdeles del barrio de Punavuori, las endeble paredes de tablas se esparcirían por las olas convertidas en astillas. Allí desaparecería El Infierno Verde, allí se desvanecería la Alhambra. Y Cecilia.

Teo veía el cabello rojizo flotando en las profundidades como una sinuosa planta acuática, la falda se inflaba cual cuerpo de medusa y el mar transportaba el cadáver, sin vida pero hermoso, más allá de navíos hundidos, más allá del cabo de Hanko y las islas Åland, en dirección Estocolmo.

Pero Cecilia jamás alcanzaría su hogar en Dalecardia. Junto a una isleta batida por el mar, su cuerpo quedaría atrapado en la red de un pescador, que la sacaría del agua, contemplaría a la sirena muerta y esbozaría una expresión de extrañeza en su curtido rostro.

Ya en Katajanokka, Teo había acabado desviándose a una taberna, allí se había sentido inseguro y había enviado al hijo de la tabernera a buscar a Matsson.

—¿Entonces qué? —pregunta Matsson, asombrado.

—Es solo que... quería verte.

—Por desgracia no tengo tiempo para quedarme aquí mucho más. Además, tengo un asunto para el señor doctor —dice Matsson, y se levanta.

La tormenta ha amainado. La ciudad ha ganado una batalla; la punta de la cúpula de la iglesia ha logrado rajar en la cortina de nubes agujeros por los que se vislumbra la luna.

—Si yo fuera el señor doctor, me sentaría al calor de la chimenea a beber licor con otras gentes instruidas y no andaría malgastando el tiempo aquí, en las tabernuchas de Skatta.

—¿Has dicho que traías un asunto?

—Sí, cierto. Tengo conmigo... una mujer. No es familia, pero me la traje como una especie de favor de amistad. ¿Podría el señor doctor... echarle un vistazo, para ver si está bien? Que no tenga...

—Enfermedades venéreas.

—Justo.

En la penumbra, Teo ve los labios de Matsson formando las palabras «enfermedades venéreas».

—Se lo recompensaré al doctor. Pero lo que es dinero, ahora no tengo.

—Bueno, ya se nos ocurrirá algo, ¿verdad?

—Aunque en cierta manera ya se lo he pagado. Con una palabra de advertencia al señor doctor, pues ese marinero polaco tendrá suerte si únicamente se despierta sin dinero y sin ropa en la playa.

—Dinero ya no debía de tener nada. Y sin ropa lo cierto es que se moriría de frío. Y hasta con ropa también.

—En ese caso, supongo que será más afortunado si se despierta en el mar. O si no se despierta —constata Matsson.

Un perro con aspecto de haber sido apaleado sale de un brinco de detrás de un edificio torcido. Arrastra una de las patas traseras. Se asemeja a su dueño, y no tiene otro dueño que el barrio de Katajanokka, sus casuchas de tablas improvisadas con prisa que tras cada ráfaga de viento parecen escorarse en una nueva dirección. La barraca de Matsson no difiere del resto de miserables hogares del arrabal.

Dentro, una muchacha sentada al borde de la cama se pone de pie y hace una reverencia. Apenas ha cumplido los veinte. Matsson le alcanza a Teo un farol. A pesar de las señales de viruela, el rostro de la muchacha parece, de alguna manera, atractivo a la luz tenue.

Cuando Teo le pide que se desvista, ella se levanta la falda del vestido de lino sucio hasta los sobacos y se tumba. No lleva ropa interior. Teo le separa las piernas. Matsson se aclara la voz y avisa que esperará fuera. La muchacha clava la vista en las tablas del techo cuando Teo se sienta en la cama y aumenta la llama del farol al mirar entre las piernas. El vello es claro, en cierto modo incoloro. El rostro mantiene su seria inexpresividad cuando Teo mete un dedo dentro de la joven. El orificio es angosto, ella no tiene mucha experiencia y a primera vista parece sana.

Su cabello es del mismo color arena que el vello del pubis. Teo no puede resistirse a acariciarle el pelo. La muchacha da un respingo, no amedrentada, sino como si hubiese estado a punto de dormirse. Teo trata de sonreírle amablemente y no sabe quién de los dos se siente más turbado ante la situación.

En cierta manera, el físico de la muchacha es interesante y hace posible imaginarla como se desee. Es fea, si así quiere pensarlo, pero bonita, si la mira buscando belleza.

Teo mueve el dedo hacia dentro y hacia fuera. Ya sabe que ella no tiene enfermedades. La expresión de la muchacha no cambia, lo ve solo como a un médico. Empieza, sin embargo, a ponerse húmeda. Teo retira el dedo y lo coloca sobre ese punto que Cecilia le ha enseñado, y nota algo así como una pequeña bolita de mármol. Gira el dedo suavemente y pregunta a la muchacha cómo se siente, tratando de sonar como si estuviera examinando la rodilla de la paciente.

Le pregunta su nombre. Se llama Saara.

Teo saca el dedo. Saara se baja enseguida el vestido.

Teo llama a Matsson de un grito.

—¿Y?

—No tiene nada malo.

Matsson asiente a la muchacha, que posa la mirada en el médico y rápidamente se quita el vestido. Matsson hace saber al médico que puede cobrarse el pago como mejor considere; en lo que a él respecta, tiene asuntos que atender fuera.

Saara se sienta desnuda al borde de la cama. Teo se quita la ropa y la pliega sobre una pequeña mesita.

Pasa un dedo por los labios de Saara. La postura de ella es rígida, pero abre la boca lo suficiente y Teo entiende que ella ha comprendido. Entra en su boca. Demasiado profundo, a la muchacha le dan arcadas y se aparta. Nuevo intento. Esta vez Saara toma el miembro de Teo y se mete la punta en la boca, lo chupa como un carnoso tropezón hallado en la sopa.

A continuación, se tumba de espaldas en la cama y abre los muslos. Estira las rodillas, las piernas forman una V en cuya cuña Teo se coloca.

Saara le sonrío tímidamente con sus dientes sucios y él le mete la lengua en la boca al tiempo que la penetra. Con suavidad, Saara le mordisquea la lengua.

Teo no tiene paciencia para alargar el proceso, no se contiene, se corre dentro. Cuando se retira, distingue una sonrisa indecisa en el rostro de la muchacha.

En la calle, Teo se sienta junto a Matsson en la escalera y enciende la pipa. Este le pasa una botella de aguardiente y él da un trago y tuerce el semblante.

—Un hombre siempre pone la misma cara, le den aguardiente o coño — bromea Matsson, pero no consigue ocultar la tensión en su voz.

Teo avanza a trompicones detrás de Matsson. La figura en cabeza se perfila negra contra la silueta de las casas. En alguna ventana se vislumbra una luz huérfana que se amilana apenas ha de salir al regazo de la noche.

Una vez llegan al puente, Matsson se detiene. En Katajanokka trata a Teo como un bondadoso padre a su hijo, que aún no es un hombre, pero a quien ya hay que contarle algo sobre la vida. Al otro lado del puente, sin embargo, en el barrio de las casas de piedra, Teo es un señor y Matsson siempre siente el impulso de quitarse el sombrero cuando se dirige al doctor.

Pasado el puente, Teo se gira y echa un vistazo hacia atrás. Ay, pobres de vosotros, putas y pillos de Katajanokka. Con vuestras roídas uñas tratáis de aferraros a este mundo.

El libro de Matalena

El color de la muerte es el blanco. En los entierros, se viste de negro; los vivos se visten. También el difunto va de negro, pues está ataviado con las mejores ropas que poseyó en vida, pero su rostro siempre es blanco. Cuando el alma abandona a una persona, solo queda el blanco.

Del rostro de Juhani escapa el color. Primero desapareció el rojo, el color de la sangre. Se tornó amarillo. Luego también el amarillo se desvaneció, quedó un gris que ahora se disipa poco a poco hacia el blanco.

Juhani estira la mano. Por la atorada boca entreabierta, de las profundidades de su interior salen estertores. Trata de decir algo, pero Marja aparta el rostro, lo gira hacia la ventana. Flores de hielo recubren el cristal, son feas, se mofan de las praderas estivales: las flores de la muerte. La escarcha se extiende cual yerbajos desde los marcos de las ventanas, por las juntas de los troncos de la pared. Lo peor es la puerta, por sus rendijas la nieve se cuele en el interior y encuadra el hueco de la entrada como la Muerte, que pretende instalarse a vivir en la cabaña.

Marja carga en brazos a Juho, lo deja en el banco y le ciñe mejor la manta. Luego cruza la pequeña habitación y se inclina sobre el rostro de su marido. Las mejillas de Juhani se han consumido y las ocultan los lastimeros rastrojos de la barba, que le recuerdan a retoños dañados por la helada. Los ojos son dos grandes agujeros en el hielo de un lago sin peces. El aire circula, se nota en el movimiento del tórax, el resuello es mudo.

—Jesús, Marja... Jesús... ayuda.

—Y dale siempre con Jesús.

Marja regresa al otro extremo del cuarto y toma a Juho en brazos. Matalena está echando más leña a las débiles llamas.

—Échala toda —suspira Marja.

—Deberíamos racionarla si no se va a ir a buscar más.

—Esfuerzo inútil.

Mataleena se arrodilla junto a su padre y le palpa la frente caliente. Trata de colocarle mejor la manta. Él la toma de la muñeca y consigue forzar en el rostro la sombra de una sonrisa.

—Hija, querida, dame algo de beber.

La niña se levanta para buscar agua de la cazuela que está sobre la estufa.

—Está helada —advierte Marja.

Mataleena se asoma a la cazuela. En el fondo se ha congelado un poco de agua. Cuando inclina la olla hacia la luz y acerca la cabeza, ve su reflejo en el fondo.

—Ve a buscar nieve —dice Marja.

—Hace sol —observa Mataleena en la puerta.

La tormenta ha amainado un instante. Las nubes dejan paso al sol, que tiñe de plata las flores de escarcha del vidrio de la ventana. En la habitación aparece algo que recuerda a la vida, en el suelo se dibuja la cruz de los travesaños de la ventana.

Mataleena regresa al interior, trae nieve en el cuenco que forman sus manos. Pretende echarla en la cazuela para que se derrita, pero Marja la detiene.

—No merece la pena, llévasela directamente a la boca.

Mataleena frota con cuidado la nieve sobre los labios cuarteados de su padre, lo alimenta despacio, como si diera trozos de panecillo a un niño pequeño. De la boca de Juhani escapa el estertor ronroneante de un gato.

Marja deja que sus ojos recorran el cuarto. Hay que partir ahora, antes de que regrese la tormenta; después no sobrevivirían siquiera hasta la siguiente casa, se desplomarían antes de llegar a Pajuoja y quedarían sepultados en la nieve. Marcharse no asusta; lo que asusta es tener que regresar. Hay que conseguir llegar lo más lejos posible de Korpela. En la granja no queda sino la Muerte.

Marja retira una brizna de paja de la comisura de los labios de Juho. La harina de corteza de pino hace ya tiempo que se acabó. Y no se ha atrevido a echar liquen al pan, después de que Lauri Pajula muriera tras comer pan

de liquen. Sucedió a finales del verano. Otro año, por esas fechas ya se hubiera recogido la cosecha. El patrón de Lehto dijo que Lauri había muerto envenenado. Había leído en el periódico que el liquen hay que tratarlo debidamente antes de añadirlo a la harina.

—Mataleena, tenemos que irnos.

—Padre no tiene fuerzas.

—Hay que dejarlo aquí.

La niña hunde el rostro en la manta de su padre, sobre su tripa, y solloza. Juhani mira a Marja y trata de decir algo. Ella se levanta y se acerca. Inclina la cabeza y examina el rostro de su marido.

¿Qué trata de decir? Juhani apenas consigue emitir otro estertor. Se agarra al brazo de Marja y ella no intenta quitárselo de encima, sino que lo mira curiosa a los ojos. ¿Pide ayuda o clemencia, o les insta a que se vayan? ¿Acaso entiende algo ya? Marja lo mira largo rato, pero no puede descifrarlo.

Le enrolla a Juho el pañuelo de ir a la iglesia sobre las orejas y encima le pone también una bufanda. Ella se cala el gorro de pieles de Juhani, lo gira y al final decide que es mejor ponérselo al revés.

—Vístete con todo lo que encuentres —aconseja a Mataleena.

Marja se pone el abrigo de sayal negro de Juhani. Parece un traje de funeral, Juhani es un hombre alto. Era. Se queda con los guantes de su marido, a Mataleena le entrega los suyos. Las manoplas de la niña se las pone a Juho encima de las que lleva.

—Hay que buscar más leña para padre —dice Mataleena.

Marja echa un vistazo a Juhani y sale fuera. La luz penetra en narinas y ojos, se cuela bajo la ropa y se filtra por todas las cavidades del cuerpo, y por un instante colma el vacío cavado por el hambre.

Está de pie con las piernas separadas y deja que el sol le restriegue el aire helado por el cuerpo. Luego vadea el sendero oculto por la ventisca en dirección a la cuadra, por si casualmente encontrara allí algo que quemar. No tiene fuerzas para entrar y agarra una tabla de la puerta que parece poco estable. Tira de ella con todo el vigor de su delgado cuerpo. Un clavo oxidado lanza un alarido al desprenderse y Marja cae de culo. La capa de nieve la acoge con suavidad.

Una vez dentro, apoya la tabla contra un banco y la quiebra en dos. Mataleena acaricia con el guante el dorso de la mano de Juhani, Juho reposa la cabeza en la frente de su padre. En esa posición, el aspecto del pequeño es enternecedor y gracioso, la tristeza se abre paso en la mente de Marja. Siente que le tiembla la barbilla, pero escupe el llanto en un esputo en el fogón.

Mataleena conduce a su hermano hasta el vano de la puerta, Marja coloca en la mano de Juhani el último pan cocido con paja. Llena la cazuela de nieve y la sitúa junto a la cama, al alcance de su marido.

—Para más no tengo fuerzas —susurra.

Juhani la toma del hombro y se esfuerza sin éxito a incorporarse. Alcanza a respirar entre estertores algo ininteligible antes de desplomarse otra vez. Marja le retira la mano y se la acomoda sobre el pecho. Imprime los labios en su frente y luego, de improviso, los posa sobre su boca; deja que se demoren, respira al mismo ritmo con su marido una última vez.

En el exterior, Marja se asombra de que los esquíes estén aún intactos, de no haberlos quemado a pesar de la escasez de leña, pero ahora se siente agradecida. Una leve brisa se levanta y barre la nieve de los troncos grisáceos de la fachada de la casa. El manto de nieve se cuele poco a poco por el umbral de la entrada, como examinando si en el interior hallaría algo que comer. Las nubes pasan delante del sol, pero no se detienen para ocultarlo.

Juho se cuelga de la espalda de su madre, Mataleena se sube al talón de los esquíes. Los bastones son un poco más altos que Marja. La puerta de la casa se queda abierta como la boca de Juhani. Marja le impide a Mataleena que regrese a cerrarla.

—Así es más misericordioso.

Un viento glacial barre el cauce del Pajuoja.

Las lenguas de nieve han alisado los bordes abruptos del arroyo, los arbustos de sauce casi están sepultados bajo los montones de nieve

formados por el viento, tan solo algún que otro oscuro pincho brota del asfixiante manto blanco. Marja se desliza con cautela por la pendiente.

Abajo, Mataleena pierde el equilibrio y cae de bruces en el nevazo del Pajuoja. Trata de salir, pero cae de espaldas. Marja no se atreve a agacharse para levantarla, pues tiene miedo de que Juho vuelque. El niño cuelga flácido de la espalda de su madre con los brazos alrededor del cuello. Marja le alarga un bastón a Mataleena para que pueda apoyarse en él.

La niña está completamente agotada. Si se tratara de otra persona, piensa Marja, por ejemplo, de Juhani, sería mejor propinarle un golpe de gracia en la cabeza con el bastón, pero Mataleena consigue ponerse de pie y, tambaleándose, regresa a los esquíes.

—Otro se quedó y se consumió —se le escapa a Marja.

Mataleena se aprieta con firmeza contra la espalda de su madre y por un momento están los tres sobre el hielo del Pajuoja, bajo la ventisca, y no pueden avanzar. Marja tendría ganas de claudicar y desplomarse en el nevazo. Entonces hace acopio de fuerzas y se obliga a continuar viaje.

Recuerda enfadada que Juhani rehusaba comer y les entregaba todo lo disponible a ella y a los niños. Fue algo estúpido, al hombre le hubiese correspondido ocuparse de sí mismo para poder asumir la responsabilidad de su familia. Ella y los niños hubiesen resistido con menos, pero ahora, sin Juhani, no iban a sobrevivir al invierno en la granja Korpela.

La elección de Juhani no se había debido a la generosidad; cobardía es lo que había sido.

Poco después del Pajuoja, comienza a columbrarse el cerro boscoso de Lehtovaara, y detrás está la hacienda Lehto. Desde la cima de la loma, en el horizonte se divisa la torre de la iglesia; emerge sobre el paisaje blanco de la misma manera que una solitaria rama de sauce en el repecho de una cuneta.

En el centro del cuarto principal de los Lehto hay un gran barril. El señor de la casa está sentado a la mesa, los brazos cruzados, y examina a los recién llegados de arriba abajo.

—¿Así que los de Korpela también han tenido que salir para ponerse a mendigar?

—¿Una noche y por la mañana continuamos viaje?

—¿Qué tal le va a Juhani?

—No le va.

La mirada de Lehto desciende y va a posarse sobre sus propias manos. Se le humedecen los ojos, mira por la ventana, luego el fuego que arde en la chimenea. La señora de la casa sale del cuarto y se precipita a abrazar a Marja. Los niños se acercan sigilosos, tímidos, hacia el barril.

—Dentro hay brea. La enfermedad no entra en esta casa, la brea la mantiene a distancia —dice Lehto.

La anfitriona les quita a los niños la ropa de abrigo.

Al descubrir el rostro de Matalena, profiere un grito.

—¡Padre y señor nuestro! Enseguida os preparo un gruel.

El granjero les previene de comer en exceso, un estómago hambriento no lo resiste. Marja examina la estancia. Todo parece ordenado y limpio comparado con Korpela. El fuego en la chimenea abierta proporciona luz acogedora, cálida.

—¿A Juhani lo abandonó el espíritu?

—El espíritu hace tiempo que partió. Allí que se quedó, moribundo.

—¿Lo dejasteis?

—Ni para marcharse ni para vivir le quedaban ya fuerzas. ¿Acaso hubiera tenido que sacrificarlo?

—Dicen que, a estas alturas, en algunos lugares hasta se han comido a los muertos —interviene la granjera en la conversación.

Lehto mira airado a su mujer.

—Cuentos de viejas.

—No se pueden comer a padre —susurra Juho.

—Por supuesto que no, padre va al cielo.

—¿Y si alguien entra y se lo come?

—La señora solo cuenta bobadas de fantasmas —lo tranquiliza Lehto.

Los niños se quedan dormidos en el banco en cuanto han recibido el gruel. Lehto está sentado en la mecedora y observa las llamas. Marja mira fijamente la oscuridad por la ventana; al otro extremo de la mesa, la granjera mira a Marja.

—Estos son tiempos humildes, una patata no se distingue de un arándano —dice Lehto.

—¿Tenéis algún lugar adonde ir... parientes en algún sitio? —pregunta la anfitriona.

—Mientras vayamos donde al menos haya pan...

—A este paso, pronto tendréis que ir hasta San Petersburgo. Y no sé yo si allí lo habrá —suspira el señor de la casa.

—Deja a uno de los niños para que lo criemos. A nosotros tampoco nos llega el pan, pero repartiremos con uno más de la familia. La niña ya sabe hacer de todo —sugiere la señora.

—A Matalena no la entrego —espeta Marja, y rompe a gemir en silencio—. Yo... no sé adonde... yo sin Matalena. Sola con Juho — consigue articular entre hipos.

—Deja al niño —sugiere el anfitrión.

—¿A Juho?

—Nos ocuparemos de Korpela de modo que, a su debido tiempo, sea para él. Y vosotras podéis volver. Nadie ha dicho que por esos caminos...

—No creo que volvamos jamás a Korpela —anuncia Marja.

—Consúltalo con la almohada. Cuidaremos bien del chico —apunta Lehto.

La anfitriona asegura que Marja y los niños pasarán juntos la próxima Navidad en Korpela. Por el exagerado entusiasmo de la mujer, Marja intuye que el matrimonio no cree que sobrevivan al viaje mendigando. Les desea buenas noches, camina hacia el banco junto a la puerta y se tumba de costado. Al otro lado de la puerta azota un aire glacial cual hambrienta manada de lobos. Marja clava la vista en el barril de brea en el centro de la estancia, del barril surge un sueño y la engulle en su interior.

Es primavera. Juhani ha quemado brea para los esquíes, la ha llevado a casa dentro de una cuba. Duerme en un banco. Marja está de pie en las escaleras y observa a los niños recoger flores. Matalena lleva puesto el vestido negro de funeral de la patrona Lehto; Juho, las mismas botas y gorra que el patrón Lehto. De pronto, el niño señala unos cisnes que vuelan por el cielo.

—Mirad, es padre.

No puede ser. Marja eleva la vista al cielo y comprende que el primer cisne en verdad es Juhani. Se gira hacia el interior de la cabaña. Juho está tumbado en un banco, extiende la mano hacia su madre. Una catarata le recubre ambos ojos. El rostro es gris ceniciento. Del barril de brea asciende un remolino de nieve.

Marja se gira hacia la calle. Las hojas han desaparecido de los árboles, la hierba se marchita. Matalena está en el centro del patio, sola, y habla con la voz de Juho. Marja se precipita a la cabaña para rescatar al niño, pero la distancia hasta la puerta no cesa de crecer. Presiente que el invierno se abalanza desde la oscuridad del bosque hacia la cabaña. Ya no está lejos.

Trata de gritar, pero la voz no sale, de su boca emana un viento frío que recubre de escarcha las ventanas de la cabaña. De repente, la puerta lanza bramidos. Primero es un terror animal, estridente, luego chilla con la voz de Matalena:

—¡Maaaadre, maaadre...!

—¡Madre, madre!

Matalena sacude a su madre para despertarla. Marja se da cuenta de que está en el cuarto de la granja Lehto y busca con la mirada a Juho. El niño está sentado a la mesa y se lleva a la boca gruel caldoso a cucharadas. Marja jadea y la señora de la casa se apura a ponerle una taza de agua en la mano.

—No voy a abandonar a mis hijos —espeta después de beber voraz el agua.

—Mi marido está embridando el caballo. Os llevará hasta la iglesia —dice la anfitriona.

Se sienta junto a Marja y le acaricia, tímida, el cabello.

—No puedo —le susurra Marja.

La mujer asiente con la cabeza.

Las costillas del caballo parecen dedos entrelazados en oración. Sus relinchos son hipos de llanto de una anciana. Está consumido, como padre, piensa Matalena, pero después sacude la cabeza; no, padre es fuerte, padre lleva grandes troncos del bosque con el caballo de la granja Lehto, aunque

hay tanta nieve que Matalaena se hundiría en el manto hasta el cuello. Sin embargo, no se hunde, padre la levanta del trineo y la lleva en su regazo a la cabaña, allí el invierno no puede entrar. El bebé duerme en una canastilla, la cesta pende de una viga del techo y Matalaena lo acuna y le canta *tuu, tuu, el tabaco de Ulla*. Ulla es la anciana patrona de Lehto, que en verano se sienta en las escaleras de la entrada y fuma en pipa como los hombres, y cuando Matalaena va con padre a su granja, la vieja se pregunta con asombro si otra vez es el día de tarea de los aparceros, y padre se sienta un rato a su lado y observa con ella las nubes, cómo viajan por el cielo. Ovejas celestiales es lo que son, dice la anciana granjera, y le da permiso a Matalaena para ir a buscar azúcar a la cocina.

Pero madre dice que en la canción no se menciona a Ulla.

El caballo se llama Voima, tiraba del carro cuando transportaron el ataúd de la vieja patrona a la iglesia. Lo vieron partir de la finca, Matalaena y madre, Juho estaba en sus brazos. Padre conducía el carro, a su vera iba sentado el amo Lehto y lloraba, pero Matalaena pensaba en las ovejas celestiales y en que la vieja patrona se sentaría en una piedra del tamaño de una montaña a pastorearlas y fumaría en pipa.

Ahora Matalaena alza la vista al cielo, es solo gris lívido, no se ven ovejas. Voima se detiene en el cruce. El camino forma una hondonada en la llanura nevada. Los pinchos de las cercas asoman por la nieve como dientecillos afilados.

El granjero Lehto mira por encima del hombro a Marja, que niega con la cabeza.

—A la iglesia no.

Él tira de las riendas y Voima arrastra el trineo en dirección al pueblo vecino. Matalaena comprende que no van a regresar a casa. En su rostro las lágrimas dejan estelas cálidas, pero se congelan antes de alcanzar la comisura de los labios.

Padre ya no existe.

Voima relincha y balancea el hocico, su cabeza parece más grande que antes, el resto del caballo ha encogido. Solo se oye el crujido lúgubre de la nieve bajo los patines.

La parroquia vecina es más grande, el templo, más alto. El camino desciende suavemente hacia la ribera del río y cruza un puente de madera hasta la otra orilla. Junto a la iglesia se reúne mucha gente a los que se identifica como mendigos. Mataleena ve muchos niños de su edad. Vistos desde el puente, se entremezclan con las lápidas sepulcrales. Al aproximarse se distinguen pañuelos y gorros y, ocultos por ellos, unos rostros blancos. Desde la iglesia, Lehto vira el trineo hacia el camino que transita a lo largo de la ribera.

—Os voy a llevar a la casa parroquial, allí sabrán qué hacer con vosotros. Yo no lo sé.

—Vamos a San Petersburgo —susurra Marja, más para sí misma que para Lehto.

—Mejor sería olvidar eso, si de aquí se va a algún sitio...

En el repecho del río hay un edificio grande, blanco. Mataleena adivina que es la casa parroquial, aunque jamás ha estado allí. Lehto agita la mano y saluda a un hombre con barba de chivo y cejas de búho cubiertas de escarcha. A Mataleena le hace gracia, tiene ganas de ulular al señor, que responde al saludo de Lehto. De pronto, el hombre agarra las bridas y detiene al caballo.

—Aquí no nos vas a descargar a tus limosneros. Ah, no, nonononónó...

Apunta con sus ojos de búho, a Mataleena se le hiela la risa.

—Cuidad vosotros de los vuestros, que aquí de esa carga tenemos de sobra, no hace falta que nos los traigan en carros de los pueblos vecinos. Y más que vienen todo el rato, del norte, del este y del oeste. Y allí que los despachamos, que uno no sabe adonde enviarlos de vuelta, pues algunos vienen desde bien lejos. Ayer una mujer con una criatura se quedó congelada al borde del acceso a la rectoría. Ah, no, nonononónó, aquí no me los...

—Por asuntos propios es que vengo, no a encasquetarle nada a nadie, demonios —gruñe Lehto, y chasquea la lengua enojado.

Voima avanza un poco y el búho suelta las riendas. El caballo no tuerce hacia la rectoría, sino que continúa su camino a lo largo del margen del río. Lehto no pronuncia palabra, se limita a chasquear enfadado la lengua de cuando en cuando y mientras azota a Voima en la paletilla; el paso del

animal se hace cada vez más penoso, pero la velocidad no aumenta. Entonces el río se ensancha formando un lago en el que penetra un cabo de tierra. En mitad del cabo se erige una mansión aún más grande que la casa parroquial. En su patio concluye el camino. Es la mansión Viklund.

Frente a la casa hay un hombre, un mozo. Lehto lo saluda, el mozo responde tibiamente al saludo, luego vocea que a los mendigos no se les permite entrar. Lehto pasa a zancadas a su lado y sube las escaleras. Matalena lo sigue, pero se gira al darse cuenta de que su madre y Juho se han quedado de pie junto al trineo. También el mozo cruza el umbral y desaparece en el interior de la casa.

Al cabo de un rato, una mujer joven abre la puerta y les hace una señal para que entren Marja y los niños.

La estancia grande es luminosa, un mantel blanco cubre la mesa. El viejo Viklund está sentado en una mecedora y fuma en pipa de porcelana. Matalena observa sus espesas patillas. Uno de los ojos, tapado por una catarata, da miedo. Como si la helada habitara en las pupilas del viejo patrón. Hay que cuidarse de mirar el ojo de hielo, el frío puede salir humeante en cualquier momento y envolver a un niño demasiado curioso en su velo, bajo el cual quedará prisionero por siempre jamás.

La sonrisa del amo es sin embargo bondadosa, igual que el ojo sano con el que observa a Matalena. El ojo helado pasa de largo, apunta hacia algún lugar en la lejanía.

—Ella, toma los abrigos de las visitas. Ella os va a servir algo en la mesa.

La mujer que ha dejado entrar a Marja y a los niños se llama Ella, hace una reverencia, mira a Matalena con una amable sonrisa y atraviesa la amplia estancia.

Matalena se coloca de puntillas delante de un espejo de marco dorado. Al otro lado del cristal hay una habitación idéntica desde la que Matalena se mira a sí misma. Alrededor de los ojos tiene unos círculos negros; en la comisura de los labios, vetas profundas. La Matalena que mira desde el espejo es como una abuela de pequeño tamaño y divierte a la Matalena que se mira en el cristal.

—Yo soy una niña, tú eres una viejuca —susurra a la imagen.

Entonces ve a Ella en el espejo, que lleva a la mesa una fuente grande, blanca.

—También nosotros sufrimos ya escasez de comida, aunque la nuestra es de las haciendas más prósperas de la región. Hubo que despedir a una parte del servicio, no podíamos permitirnos más bocas que alimentar — Viklund conversa con Lehto.

Mataleena acaricia con la yema del dedo la superficie de porcelana de la sopera. Es blanca como la nieve pero cálida. Lo más hermoso, sin embargo, es su rosa rosada con pétalos orlados de oro. Cuando pasa el dedo por encima, siente el relieve, como si fuese un corazón vivo, palpitante, como si floreciera en medio de la nieve y ni el invierno pudiera vencerla.

La doncella levanta la tapa de la fuente y una humeante nube se eleva por el aire. Frente a Mataleena colocan un plato de porcelana con idéntica rosa a la de la sopera. La doncella le sirve un cucharón de caldo a través del cual la niña aún distingue la flor.

Por la mañana, Lehto le entrega a Viklund un papel moneda. Dedicar una despedida breve a Marja, acaricia el pelo a Juho y Mataleena, y sale de la casa. Por la ventana, la niña observa cómo el trineo abandona el patio; conduce por el estrecho camino del cabo, gira hacia la ribera y aún permanece largo rato en el paisaje, encogiéndose todo el tiempo, mientras Voima trota como si huyera de su lado. Ella toma a Mataleena en brazos y la niña desearía que se quedaran a vivir en la mansión Viklund.

Jamás se cansaría de admirar la flor rosa durante la comida. Mientras la contempla, recordaría a su padre. Padre está contento por ellos, pero no viene a la mansión Viklund, sino que se sienta al borde de una nube, y durante la lluvia de verano, Mataleena siempre se asoma por la ventana y observa las gotas de lluvia resbalar por el cristal, y sabe que es una lágrima de felicidad de padre.

Pero la doncella posa a Mataleena junto a Juho en el umbral de la puerta y le ciñe bien el pañuelo alrededor del cuello. La niña comprende que ahora han de irse.

En la casa irrumpe el mismo mozo que ayer no les hubiese permitido entrar. Sacude enfadado los guantes uno con otro, aunque ya no tienen

nieve. A Marja, a Matalena y a Juho los mira por turnos. Sus ojos desprenden frialdad despectiva. Matalena no se atreve a devolverle la mirada, también Marja clava la vista en el suelo. Solo Juho hace frente. Su mirada es vacía, la corriente glacial de odio del mozo da media vuelta, impotente a los ojos del chiquillo. No le queda otra que ceder y evaluar las tablas del techo de la sala Viklund, de un largo infinito. Ella regresa de la cocina y le entrega a Marja dos panes. Se ve de inmediato que no les han añadido harina de corteza de pino.

El camino está cubierto de nieve, las patas del caballo se hunden. Matalena estira el brazo por encima del borde del trineo y atrapa nieve en el puño. Se derrite en la boca, como si sobre la lengua habitase la primavera. La lengua es un campo rugoso que aflora bajo la nieve y que aún está helado. Le alcanza nieve a Juho. También Marja alarga el brazo hacia el nevazo.

—Si volcáis, no me detengo a por vosotros —declara el mozo por encima del hombro.

Marja cesa de comer nieve, pero al cabo de un momento Matalena se estira por encima del trineo, desafiadamente más lejos de lo que sería necesario. Marja la agarra de la falda del abrigo.

El viaje es largo como la mirada del mozo sobre el manto nevado que se abre ante ellos. Al final, no obstante, llegan al patio de una venta. No se ven otras casas en las inmediaciones. El mozo se gira en el pescante, abre violentamente el abrigo de Marja y le arrebató del regazo las hogazas que le ha regalado Viklund.

—Aquí hay más gente hambrienta a la que los amos no les andan comprando pan. Estos panes son más suyos que vuestros.

Parte uno de los panes en dos y le arroja la mitad a Marja al regazo, baja de un salto y entra en la venta.

Cuando hacen su entrada Marja y los niños, el mozo está charlando con el ventero de una carga de grano, les lanza una mirada por encima del hombro y los mira como si no los conociera.

—Vagabundos, no son de nuestra zona.

—Que se vayan a la sala común —responde el ventero.

Cuando Marja y Matalena se despiertan, el mozo de Viklund ya se ha ido. Marja carga a Juho en brazos, dormido.

—Ojalá nos hubiésemos traído al menos los esquíes —suspira.

En el patio hay otros dos trineos. En uno de ellos, la noche anterior un joven trajo a la venta a un sacerdote. El muchacho aún está dormido en la sala común. El cochero de la posada está embridando el caballo del otro trineo.

—¿Hacia dónde se dirige? —pregunta Marja.

El cochero no responde, no escucha, se limita a mirar por debajo de la cabeza del caballo el bosquecillo de enfrente. Marja clava la vista en la espalda del hombre durante largo rato. Cuando finalmente desiste, él se gira.

—Al norte. Como está el sacerdote, no puedo llevar pedigüños. El amo no lo aprobaría.

—No vamos al norte, de allí venimos —responde Marja.

—Echad a andar en otra dirección, voy a darle una patada al chaval para que despierte. Puede recogeros al final del camino. Pero que el amo no lo vea. A ver si alcanzáis a salir de su vista antes de que el muchacho emprenda viaje.

En ese momento se abre la puerta y un párroco ataviado con gruesas pieles sale al patio acompañado del ventero. A Matalena le entra la risa, el gorro de pieles del párroco se asemeja a una esponjosa pelota de diente de león, excepto que es marrón y no blanca. Si soplara, del gorro volarían cipselas, flotarían sobre el manto de nieve, y en la cabeza del cura solo quedaría un simple cono. Las pelusillas caerían en el patio de la posada, y en verano, por todas partes crecerían curas con cabeza de flor amarilla, que oscilarían al viento.

Pero Matalena no se atreve a soplar y el viento que bufa por la esquina tampoco arranca cipselas del gorro del cura.

—¡Hala! —grita el ventero a Marja.

Es una orden para que se vaya. Marja baja a Juho al suelo, toma a sus niños de la mano y echa a andar por el surco nevado.

—Ay, qué tiempos y qué pueblo. Cómo prueba el Señor la fuerza de su fe —lamenta el párroco.

Caminan durante largo rato, la breve claridad diurna toca a su fin. Al muchacho y al trineo no se les oye. Mataleena camina detrás de su madre, pisa sobre sus huellas, se ciñe más el abrigo para protegerse de la ventisca. No oye el rugido del estómago, pero lo siente.

El hambre es esa cría de gato que Lauri el Sauce metió en un saco y ahogó en un agujero en el hielo. Araña con sus diminutas uñas y causa un dolor punzante, luego un nuevo arañazo y otro más, hasta que el minino se cansa y desciende al fondo del saco y allí pesa, empuja el saco hacia abajo, retoma fuerzas y comienza un nuevo ataque. Dan ganas de levantarlo, pero araña con ahínco y uno no se atreve a meter la mano en el saco. No queda otra que aguantar los zarpazos o meter el saco en el hielo, ahogar a la cría en el agua helada.

Mataleena choca con la espalda de Marja, que se ha detenido. A su alrededor, la pesada nieve arquea los hombros de los abetos.

—Es el final —lamenta Marja, pero Mataleena oye a su espalda el bufido de un caballo en el camino y le tira a su madre de la manga. Marja deja caer a Juho y agita el brazo, pero el muchacho que conduce el trineo mira de largo, hacia delante, y no se detiene. Marja cae de rodillas y se desploma en la nieve. Su cuerpo se sacude con movimientos lentos, el llanto brota en penosos espasmos al ritmo de la respiración.

Mataleena tira de su madre.

—Se detiene en la curva —anuncia.

Marja se incorpora y avista el trineo. El muchacho sigue mirando hacia delante, en sentido de la marcha. Marja toma a Juho en brazos y, haciendo acopio de sus últimas fuerzas, avanza a saltos hacia el trineo.

Una vez montados, el cochero arroja un único vistazo por encima del hombro. Uno de sus ojos es idéntico al del viejo amo Viklund. No habla, se limita a chasquear la lengua para arrear al caballo.

Juho se adormece pronto. La nevada ha cesado. Es como si hubiese brotado del campo, que ahora ha tirado de ella cual manta. Las primeras estrellas se encienden y un velo gris recubre un fragmento de luna.

Se despiertan en un chozo donde el mozo de la venta los dejó por la noche. A media hora a pie hay un lago, eso les indicó, y detrás, una casa.

El camino de invierno cruza el lago, pero también ha nevado; Matalena se hunde a cada paso casi hasta la cintura, aunque trata de pisar en las huellas de su madre. Vadear la nieve es agotador, cierra los ojos y piensa en su padre, en el último viaje en barca que hicieron juntos por el lago de su región.

Padre estaba sereno, su aire era tan devoto como entonces, cuando llevó el ataúd de Lauri el Sauce en barca hasta la iglesia. Matalena lo encontraba hermoso mientras guiaba la pesada barca con firmes y largas paladas por el lago, pero luego se levantó un fuerte viento que a punto estuvo de arrebatarse el sombrero de la cabeza, y él se lo caló tan a fondo que las orejas se doblaron bajo el ala. El viento trataba de girar la barca y padre tuvo que luchar para mantener el curso y la expresión solemne.

El ataúd de Lauri era pequeño. ¿Cómo se había podido embutir allí a un hombre tan grande? ¿Le habían metido con las piernas encogidas, en esa posición en la que Matalena dormía las noches frías? Madre había explicado que una persona encoge con la muerte, algo se desvanece, pero no sabía si era el alma lo que se desvanecía, y si lo era, si se alejaba flotando en forma de vapor como el agua de una cazuela cuando se calienta, o si se derramaba hacia abajo en forma de líquido viscoso, negro.

Tal vez las distintas personas posean almas distintas.

Matalena piensa en Kalle el Carbón, al que encontraron muerto en su cabaña. Jamás iba nadie por allí aparte de madre, que era pariente de Kalle, y de Roope el Zapatero. Él fue quien lo descubrió y fue a buscar a Marja. Madre se llevó consigo a Matalena y esta aún se estremece cuando recuerda el olor de la muerte. Debajo de Kalle había un charco negro; no era sangre, sino agua que fluye del cadáver, afirmó Roope.

Lauri no dejó un charco, aunque la boca la tenía negra, eso se contaba; por el veneno, dijo padre, pero Matalena se preguntaba si el alma podría escapar por la boca y soltar un vestigio de color tras de sí.

Roope opinaba que el alma no existía. En el interior de una persona corren sangre y agua negra, luego se acaban y la persona se reseca. A una

persona la hacen dos líquidos: agua de hombre y agua de mujer. Matalena alcanzó a preguntar cómo ocurría tal cosa, y Roope explicó que el hombre deposita su líquido junto al líquido de la mujer, así nace una nueva persona, pero madre le prohibió hablar de ese tema en presencia de la niña, aunque ella misma quiso saber quién de los dos daba la sangre y quién el líquido negro.

Entonces Matalena vuelve a estar sentada con padre en la barca, y cuando recupera la conciencia ya ha cruzado el lago.

—Detrás de esa colina tiene que estar la casa —jadea Marja.

Matalena mira hacia atrás. No se ve a padre, solo el lago abierto, oculto por la nieve. Hacia su blancor ha conducido padre la barca hasta perderse de vista.

El sol desciende inesperadamente detrás de la cortina de nubes, rumbo al horizonte. Solo en ese momento Matalena repara en la casa y en el edificio anexo, que se inflaman como un fuego cuando la luz barre la tormenta de nieve de su camino. Juho resbala de los brazos de Marja y se queda sentado en la nieve. Matalena trata de tirar de él y levantarlo. El niño se pone en pie, pero Matalena cae.

Marja mira fijamente unas bocas hambrientas, muy abiertas, en la fachada gris del granero.

—Cabezas de lucio —comprende finalmente.

La nieve pegada a los cráneos ha moldeado en ellos expresiones extrañas, y los rayos arbolados del sol poniente crean en la cuenca de los ojos un fulgor que inspira miedo. Matalena distingue una figura negra que se acerca. En ese instante el mundo al completo se torna rojo.

Por las comisuras de los labios resbala el agua dentro de la boca en forma de pequeños arroyos. Matalena se sobresalta. Siente el calor de una mano en la nuca. Las tablas grises del techo ondean sobre ella un instante, luego se acomodan en su sitio. Aparece ante sus ojos el rostro de una mujer delgada. Matalena gira la cabeza y ve a su madre y a Juho sentados en un banco junto a la puerta.

—Haz gruel, gruel flojo, para los mendigos —dice una voz masculina.

—¿No habría por ahí algo de comida, al menos para los niños? Tienen un aspecto tan famélico —contesta la mujer.

—El gruel está bien, también uno flojo —susurra Marja.

—Todos ellos están famélicos. ¿Cuándo fue la última vez que viste a una persona entrada en carnes, aparte de en el púlpito?

—Qué indecencias te salen por la boca, y en tiempos como estos. ¿Cuándo has pisado tú la iglesia por última vez? —espetta la mujer.

Sirve el gruel de la cazuela en una taza de madera. Juho ya está sentado a la mesa y comienza a devorar la papilla ceniza. Matalena aguarda su turno, recibe su porción después de Juho, en la misma taza. Mientras ella come, el niño se queda dormido en un banco junto a la pared.

—Los mendigos pueden quedarse una noche. En Vääräjärvi no se arroja a nadie a la intemperie en mitad de la noche, especialmente a mujeres y a niños. Pero por la mañana tenéis que marcharos. Podéis ir a la iglesia en trineo, voy a ver si en el silo comunitario todavía queda harina de emergencia —dice el hombre.

Marja asiente como respuesta. La señora de la casa le trae un cuenco, que Marja vacía a sorbos antes de que alcance a darle una cuchara. Luego se sume en sueños. Juhani la llama.

Juhani es un colimbo ártico. Es verano, otoño y primavera, todas las estaciones del año sin nieve. Marja deambula por un bosque de pinos. Vislumbra un estanque que asoma entre los árboles, el agua es negra pero brillante. Sin embargo, no encuentra el camino a la orilla. Siempre se topa con un nuevo árbol que ha de esquivar. Termina dándose cuenta de que ha tomado la dirección equivocada.

No reconoce el bosque, pero el estanque, sí. Allí la llevó Juhani, hace años. Escucha su grito: U-uui, U-uui, U-uui.

Marja trata de dirigirse hacia la voz, pero el eco resuena por la tierra boscosa y enturbia la orientación. Al poco, Juhani echa a volar y la deja sola en el bosque virgen, el estanque abandonado. Si Juhani se marcha, los niños no nacerán.

De pronto, en la distancia destella el agua negra del estanque. Demasiado lejos. Marja echa a correr hacia él, no aparta la laguna de sus

ojos. Pero el sol del ocaso la deslumbra un instante y al poco ya no se ve el estanque. El grito de Juhani se oye lejos, en otra dirección. U-uui, U-uui.

Marja se anquilosa. Enfrente oye el llanto y quejido del fantasma de niños muertos. El invierno está próximo. Prepara su entrada y da vueltas inquieto y furioso dentro del cráneo del lucio. Al poco, el pez abre la mandíbula. Se escucha U-uui, ya muy remoto.

Mataleena se despierta antes que los demás, pero sigue tumbada en el banco y observa la estancia; está invertida, la pared de la puerta se ha convertido en el suelo, el suelo y el techo en la pared, y el fogón se levanta en el techo.

—Y métete esto en la cabeza, a los mendigos no les des más que gruel. Y un gruel flojo —advierte el hombre.

Mataleena se ríe en voz baja, el hombre y la mujer son moscas que en verano se posan en la pared de la casa. Entonces se incorpora y la estancia regresa a la posición normal. El hombre y la mujer se giran hacia ella.

—Pobre niña —suspira la mujer.

El hombre se sienta junto a Mataleena.

—Me llamo Retrikki, y mi mujer se llama Hilta. No tenemos hijos, ya hace tiempo que murieron, antes de estos años de malas cosechas. Pero aquí no podemos alimentarnos. Pronto vendrán nuevos mendigos. Los que no tienen pan, se han echado a los caminos. Aunque supongo que no hay nada en ningún sitio, da igual en qué dirección vayáis. Perseguid fuegos fatuos, pero qué le vais a hacer.

Mataleena asiente. Retrikki le acaricia el cabello. Se desprende tanto pelo que se queda pegado a las manoplas del hombre.

Retrikki se levanta y anuncia que va a embridar el trineo.

—Niña, no hagas caso del ogro, ya te encontraremos algo —dice Hilta.

—Me llamo Mataleena.

—Es un nombre bonito, cristiano. Eso es bueno.

Hilta le ofrece la taza de madera de la noche anterior, el gruel es ahora más grueso, ya se le puede llamar gachas. Pone sobre la mesa medio pan de harina de pino y algo de lucio desecado que mezcla con las gachas.

—Come, criatura.

Y Mataleena come. Engulle veloz las gachas, no vaya a ser que entre Retrikki y le arrebate el plato. Recibe leche aguada con la que devora el pan casi sin mascar. Hilda rellena la taza. Cuando Retrikki regresa, su mujer atrapa la taza vacía delante de Mataleena. La niña le sonrío, en la comisura de los ojos de la mujer brota una lágrima.

Juho y Marja se despiertan con el portazo. Hilda les prepara gruel flojo. Trocea pan de pino en pequeños pedazos que entrega a las tres visitas. Luego echa un vistazo a Retrikki y añade unos trocitos de lucio desecado. El hombre no pronuncia una palabra.

Juho se mete la pizca de lucio en la boca, la saca con los dedos, la observa un momento. Luego se la pone sobre la lengua, la vuelve a sacar y la aprieta con fuerza en el puño. Retrikki observa la ocupación del niño y se aclara la garganta.

—Pronto estaréis de nuevo en camino. ¿Adónde os dirigís?

—A San Petersburgo.

San Petersburgo. A Marja no se le pasa por la cabeza que en la ciudad del zar permitan a alguien pasar hambre. En San Petersburgo hay suficiente pan para todos. Y no lo han mezclado con harina de corteza de pino, ni con liquen, y mucho menos con paja. Pero San Petersburgo está lejos. No está detrás de la siguiente colina, tampoco detrás del siguiente pueblo. Está lejos, en tierras de Rusia.

—¿Y cómo os las vais a apañar hasta San Petersburgo? —suspira Retrikki.

Marja mira por la ventana de flores de escarcha. Entre las nubes de nieve centellea el sol. El mismo que baña de oro el palacio del zar en San Petersburgo.

—Primero hay que llegar a Helsinki. San Petersburgo está detrás —afirma.

Mataleena clava la mirada al frente en silencio. Le duele la barriga. Primero el dolor lo forman pellizcos, pero al poco un gato enfadado rasga y desgarrar, clava sus dientes en la pared del estómago, las uñas penetran desde dentro en las costillas, y el animal araña tanto que Mataleena comienza a tener retortijones. El gato empuja su rabo sarnoso hacia arriba,

sale por la boca en forma de gachas sangrientas. Dentro de la cabeza se levanta un remolino furioso, golpea las cuencas de los ojos, los ojos se dan la vuelta.

Mataleena se desploma en el suelo.

De la boca de Marja escapa un lamento de madre, primero es apagado, luego cobra fuerza lentamente. Retrikki es el primero en reaccionar, levanta a la niña del suelo y la lleva a la cama de la cámara.

Marja aprieta a Juho contra su pecho con tal fuerza que al pequeño le resulta difícil respirar. Retrikki entreabre los párpados a Mataleena, coloca la oreja cerca de sus labios.

—Vive, vive, pero diría que no por mucho tiempo. ¡Vamos, por Dios, traed agua!

Hilta llena una taza de agua y se desliza con cautela en la habitación. Marja está temblando, sentada en el banco junto a la puerta de entrada con Juho en sus brazos. Clava la mirada vacía en la habitación, ve el rostro blanco de Mataleena, tumbada en la cama. Juho mira fijamente a su hermana con asustada curiosidad. Marja escucha la conversación silenciosa de los amos de la casa.

—¿Es una enfermedad?

—Lo dudo. Estaba tan hambrienta que sus tripas no resistieron ni el gruel.

—¿La llevo al médico? ¿Podría él salvarla?

Retrikki sale del dormitorio y aguarda un rato de pie, pensativo, delante de Marja. Ella mira al hombre que tiene enfrente como una pecadora a san Pedro ante las puertas del cielo.

—No podéis marcharos ahora. No me atrevo a subir a la niña al trineo, no sobreviviría... Voy a intentar traer al médico. Veremos si tiene ganas de venirse hasta el quinto pino por un limosnero. Llevará su tiempo, a ver si hasta entonces aguanta.

—No te quedes ahí maldiciendo, vete ya —espetea Hilta.

—Aquí, las palabras bonitas no ayudan. Así se sabe lo que le espera a uno.

Retrikki cierra la puerta de un portazo. Marja busca algo en Hilta con la mirada, quizá un atisbo de esperanza, pero esta mira fijamente la hoja de la

guadaña sobre el marco de la puerta, hasta que oye el trineo abandonar el patio.

—Saldrá de esta, solo son retortijones de tripas... es una niña fuerte, aunque se haya quedado flaca —dice.

Sin embargo, el temblor de su voz sacude el último atisbo de esperanza de Marja, que baja a Juho de los brazos y acude junto a Matalaena. Hilta la sigue, toma la taza de agua de la mesa de la cámara, levanta la cabeza de la niña y, con cuidado, le vierte líquido en la boca. Matalaena tose, el agua le rocía el pecho. Marja se sienta al borde de la cama y pide un trapo húmedo. Con delicadeza se lo pasa a la niña por la cara.

Finalmente, Matalaena se recobra lo suficiente como para ser capaz de beber un poco. El líquido, sin embargo, no se mantiene dentro; lo vomita junto a la cama y se vuelve a sumir en la inconsciencia.

La penumbra de la noche se convierte en oscuridad. Matalaena recupera de nuevo la conciencia. Esta vez trata de hablar, mira a su madre y sonrío.

—Padre me trajo huevos de porrón osculado. Me llama serreta chica —ríe Matalaena.

Marja comprende que la risa proviene de algún lugar muy lejano. El frío ataca desde dentro. Intuye algo que no quiere comprender.

En ese momento se oye la puerta. Hilta se incorpora de un salto y se abalanza hacia los recién llegados. Retrikki aguarda en el umbral de la cámara. El doctor Berg se inclina sobre Matalaena.

—Padre... padre... padre... —exhala la niña.

En sus ojos aparece entonces el brillo oscuro del vacío.

El doctor Berg le cierra los párpados. Parece cansado. Se le ha contagiado la palidez de Matalaena, piensa Marja, y se sobresalta cuando el médico le posa el brazo en el hombro.

—... En un lugar mejor, tal vez —le escucha suspirar.

Desde el estómago, un helor se extiende por todo su cuerpo, se convierte en una sensación de tristeza y barre todo lo demás, hambre, frío y cansancio. Llena su cuerpo hueco con un pesado vacío que no deja espacio a nada más. Dentro hay una lagunilla pantanosa, repleta de agua negra sin vida. Un colimbo ártico nada delante de sus ojos. Se convierte en un negrón

especulado que trata de alzar el vuelo. Luego, el glacial viento de nieve lo congela todo y lo vacía, el pájaro desaparece. Tras la tormenta todo está blanco, muerto. Marja se levanta y se aproxima a Juho, adormecido en un banco, toma la cabeza del niño en su regazo y se sume en un profundo sueño.

La mañana amanece gris. Retrikki, el doctor Berg y Marja avanzan por el patio hacia la sauna, allí yace Matalena, sola, sobre las gradas. El viento le arranca a Marja el gorro gastado de Juhani de la cabeza. Retrikki entra en la sauna.

El doctor Berg se detiene en el umbral. Marja le mira el abrigo colgante. Las mejillas del médico son huesudas, pero en la ropa se nota que alguna vez fue más grande. Ha perdido peso. Los señores también se demacran, piensa Marja. El consuelo es breve, pues comprende que, si los señores no tienen pan, ¿cómo va a llegar para el pueblo pobre?

Los pensamientos sobre el pan y la hambruna desaparecen de su mente cuando el doctor Berg se aparta y ella repara en Matalena. Retrocede y pierde el equilibrio y cae en la nieve. Berg le tiende la mano. Su rostro es del mismo color que el de Juhani antes de la partida.

Han subido el cuerpo al trineo. El médico se sienta en el pescante junto a Retrikki. Marja y Juho acompañan a Matalena. Retrikki chasquea la lengua y balancea las bridas, y el caballo se pone en marcha. Hilda se queda de pie en las escaleras de entrada, no agita el brazo. Se tira del pañuelo con movimientos crispados para ajustárselo mejor a la cabeza. Las dos mujeres se miran una a otra hasta que el trineo desciende por la pendiente y la casa desaparece de la vista.

El sol se mantiene detrás de una cortina gris durante todo el viaje. Llegan a un campo abierto. Los árboles cubiertos de nieve arrojan en la linde una sombra gris, cual frontera entre la tierra de los muertos y la tierra de los vivos. Marja ya no confía en esa frontera. La sombra se apaga hasta que no es capaz de contener dentro de sus límites el vacío níveo y los dos mundos se funden en uno.

En medio del campo se levanta una construcción gris, parca en tablas, que el viento tienta incesante para que vuele con él. Hacia el cobertizo dirige Retrikki el trineo. Marja repara en unas viviendas más alejadas, al borde del bosque, con aspecto abandonado.

Retrikki baja del trineo y abre la puerta del cobertizo. Marja ve que dentro duerme gente. No alcanza a extrañarse cuando el hombre le anuncia que Matalaena se queda allí.

—Aquí hay otros que esperan el responso.

El doctor Berg se gira hacia Marja y promete ocuparse de que, llegado el momento, la niña reciba una sepultura decente.

—¡A una fosa común la echarán! —grita Marja.

—Sin duda —reconoce Berg.

—Ni su nombre quedará en la cruz.

Los hombres llevan a Matalaena al cobertizo sobre una tabla mortuoria. Marja no quiere bajar del trineo.

—¿Adónde va Matalaena? —pregunta Juho.

—Con padre —responde Marja.

—Yo también quiero ir al caseto con padre.

Marja coloca suavemente su mano sobre los labios del niño.

—Matalaena va con padre, Juho se queda a hacer compañía a madre. Si no madre se queda sola.

Retrikki y Berg regresan, el viaje continúa de inmediato.

Marja clava la vista en el cobertizo que se aleja. Piensa en su hija, abandonada dentro, tumbada en la tabla de los muertos. No brota llanto. La tristeza está escondida, oculta en un huevo de porrón osculado que no encuentra. La nieve vuela humeante en el campo o dentro de ella.

Al cabo de un rato, el trineo se detiene. El doctor Berg le dice algo a Marja, le da la mano, ella asiente. Solo cuando el trineo se sacude y reemprende la marcha, esta se da cuenta de que el médico se ha apeado frente a una pequeña mansión.

Desde la casa, el camino desciende hacia el pueblo. Retrikki continúa hasta la iglesia.

—Aquí os dejo. Desde aquí tenéis que seguir por vuestros propios medios. Por mi parte no creo que lleguéis jamás hasta San Petersburgo. Más sensato sería volver allí de donde habéis venido —conversa Retrikki; se despide con un rápido adiós y chasquea la lengua para que el caballo se ponga en marcha.

Marja observa la torre de la iglesia: un dedo impotente, delgado, que apunta acusador hacia el cielo. Luego, toma a Juho de la mano y ambos echan a andar por el camino. Al llegar a las últimas casas, se detiene. No sabe el nombre del pueblo. Dónde está, dónde se ha quedado Matalena. Ha llevado a su hija al anonimato sin retorno, ni siquiera hay un nombre en el libro de la vida.

Marja mira fijamente el camino desierto ante sí y estruja a Juho en sus brazos. Un grupo de mendigos pasa de largo, ambos los siguen.